

no 36

BARAJA

PEDAGÓGICO ALFABÉTICA



IMPRESA  
R. SALADRIGUES  
BELLPUIG



.....

El analfabetismo es una de las mayores calamidades sociales. Hay que combatirlo a sangre y fuego; por todos los medios imaginables y humanamente posibles.

Según demuestran las estadísticas, el noventa por ciento de los crímenes y delitos, son cometidos por analfabetos. Analfabetos son también en su inmensa mayoría los acogidos en asilos y hospitales, así como el pupilaje de los lupanares y los asíduos concurrentes a estos y a los garitos y a las tabernas. En una palabra, el crimen, el deshonor y la miseria repulsiva, se dan la mano con el analfabetismo.

En nuestro país, el número de analfabetos es verdaderamente abrumador; siendo insuficiente para remediar el mal la acción del Estado y demás corporaciones oficiales, y aun la privada, por carecer todas de medios eficaces (y hasta lógicos) de propagación de la enseñanza primaria.

Este mal social, como las enfermedades endémicas, no hay que esperar que venga por sí solo a buscar el remedio, hay que salirle al en-



cuentro para atajarlo, para curarlo, para combatirlo enérgicamente en donde se halle, en sus dominios, en sus focos; solamente de esa manera se conseguirá el fin deseado.

Hay en España varios millones de seres humanos que no saben leer ni escribir, pero *en cambio* son muy pocos los que desconocen el valor de los naipes. No sabrán distinguir la *a* de la *1*, (pongo por caso,) pero hasta los niños de pecho nos dirán cual es el rey de oros ó el ás de bastos.

El vicio de jugar a las cartas, es sin duda el más extendido de todos. El que esto escribe, que ha recorrido gran parte de la Península (sembrando por todos lados la semilla del antianalfabetismo, no teóricamente, sino en la práctica, enseñando sin ser maestro, a mucha gente a leer y escribir) ha podido comprobarlo personalmente; y apostaría doble contra sencillo a que no existe de extremo a extremo de ella un solo pueblo, una aldea, por insignificante que sea, en donde no se juegue a la baraja. Se juega en los más altos palacios y en las casas más humildes. Juegan los ricos, los pobres, los ancianos, los jóvenes, los niños, todo el mundo y en todas

partes; hasta en centros que todos conocemos y en los que se halla terminantemente prohibido por las ordenanzas, los cánones y los reglamentos. Ni las mujeres han podido sustraerse a ese furor de jugar a la baraja: ¿Quién no ha visto por esos pueblos de Dios, sobre todo en días festivos, grupos de mujeres en casi todas las puertas de las casas, jugándose el dinero a las cartas? Emulan a los hombres de su familia que en aquellas horas están haciendo lo mismo en el casino, en el café, en la taberna o debajo de un árbol en el campo si hace buen tiempo.

Y lo mas particular del caso es que las tres cuartas partes de los jugadores de naipes son analfabetos, como hemos podido observar en regiones muy distintas y distantes unas de otras: La regla es general.

Y es lógico y natural que así suceda, ya que el mejor método educativo es el ejemplo, el santísimo ejemplo; y como en la inmensa mayoría de los hogares españoles (por causas que no son de este lugar exponer) no entran, no ya libros, sino ni siquiera periódicos, los niños no ven jamás leer a sus mayores, pero con demasiada frecuencia los ven jugar a la baraja, ya que, por

desgracia, naipes los hay en todas las casas por pobres que sean; y hasta los mismos padres, ignorantes del mal que causan, por entretenerlos y recrearlos, son los primeros maestros de sus hijos en estos juegos que quizá el día de mañana sean causa de su perdición y ruina.

Si todo el tiempo y esmero y voluntad perdidos en aprender a jugar a la baraja lo fuera en aprender a leer y escribir, seguramente sería España el país en que habría menos analfabetos.

Las consideraciones expuestas; la infinita piedad que nos inspiran los analfabetos, míseros esclavos supeditados a todo el mundo hasta para comunicarse con los seres mas queridos; tristes inteligencias envueltas en tinieblas engendradoras de las malas pasiones, nos han inducido, creyendo hacer un bien a nuestros semejantes, a valerlos de los naipes como vehículo, para llevar, para introducir el abecedario, primer escalón de la cultura y de la dignificación humana, en los cerebros de los jugadores analfabetos; ya que al jugar estos a las cartas con la baraja alfabética, sin darse cuenta, insensiblemente, por natural curiosidad, aprenderán el nombre de las distintas letras que acompañan

a cada naípe, como aprendieron el nombre y valor de éstos.

Muchos de ellos, sobre todo en la población rural, será la primera vez en su vida que las hayan visto, por no haberse ocupado nadie de la piadosa tarea de enseñárselas. (¿Para que? Con saber cavar la tierra, cuidar animales y emborracharse los domingos, ya saben bastante). Después, todos, ó casi todos, sentirán vehementes deseos de ir mas allá y se ingeniarán y aprenderán a leer y escribir. La semilla fructificará seguramente. Y así como el diminuto grano de trigo, arrojado por el labrador al surco, se convierte más tarde en doradas y robustas espigas que lo multiplican infinitamente, así obrará nuestra modesta idea de la baraja pedagógica en los rudos y vírgenes cerebros de los analfabetos,

¿Serán éstos más duros que la madre tierra?

De este modo un vicio puede ser origen de incalculables beneficios.

Hágase el milagro aunque lo haga el diablo.

Quizá también ahondando un poco en el terreno psicológico, puedan obtener algun beneficio de esta baraja otras clases sociales que, sin ser



analfabetas en la verdadera y simple acepción de la palabra, sienten irresistible pasión por los juegos de envite y azar (en los que se pierden grandes fortunas, y lo que es peor aun, el honor, y son causa de muchas lágrimas y desdichas) ya que la adición del abecedario a los naipes, al dignificarlos, al ennoblecerlos, es probable que a muchos, y más si tienen hijos que vayan a la escuela y aprendan a la sazón a deletrear, les haga variar el curso de sus ideas, y lleguen a abominar dichos juegos.

---

El Estado, sin sacrificio alguno, podría hacer tal milagro. ¿Como? Muy fácilmente; muy sencillamente. Todo se reduce a recomendar a los fabricantes nacionales de naipes a que añadan en ellos (ya que en nada les perjudica para su actual objeto) las letras del alfabeto en la forma que se indica en la baraja que se acompaña, cosa a que ninguno seguramente se negaría, tratándose de la cultura Nacional; y prohibir la im-

portación del extranjero de las barajas que no llevaran este requisito.

Todos sabemos que las barajas nuevas y precintadas, que cuestan caras, se emplean para ciertos y *elevados* juegos; de éstos pasan a otros *inferiores*; luego a otros, siempre disminuyendo de precio de venta a medida que *descienden* de categoría, hasta llegar a manos del pueblo analfabeto, en garitos, cafelines, y tabernas, ya a bajo precio y a veces regaladas; de allí aun pasan a manos de los golfillos y niños callejeros descuidados de sus padres, que empiezan sus primeras armas en los portales de las casas ó en las afueras de las poblaciones.

¿Que no es bueno el procedimiento apuntado porque los fabricantes creeran que se lesionaban sus intereses con el aumento de labor de fabricación? Pues, entonces, propaganda activa entre los círculos de *recreo*, que usan las barajas finas y nuevas, al objeto de conseguir el compromiso de que no utilizarán sino las barajas alfabéticas; ó bien formar una liga, entre las personas amantes de la cultura, que se encargara del asunto, y adquirir barajas nuevas, añadirles el alfabeto y venderlas a menor precio que las



fábricas, y hasta regalarlas si fuera preciso.  
¿Porqué no? La cosa bien lo merece.

Y, en fin, hay mil medios, que de momento no se nos ocurren, para difundir, para propagar tanto como sea posible, el uso de la baraja alfabética, con objeto de que, como las ordinarias, llegue a todos los rincones de España, sobre todo a la población rural, aldeas, cortijos, masías, etc. etc., que es en donde se halla el mayor número de analfabetos.

Mollerusa, Noviembre de 1917.

JOAQUIN LLORENTE DE LARA

